

El Uruguay, esa tierra prometida

EL Uruguay está un poco mejor, me dan ganas de decir a los acalorados porteños que se amontonan contra el mostrador de la Oficina Nacional de Turismo en la calle Corrientes y San Martín. Porque, visto desde la vereda, el local está lejos de ser atrayente; es chico, viejo, oscuro, y, para colmo, en la mañana del lunes pasado, alguien había roto los vidrios de la puerta y nadie, a las tres de la tarde, los había recogido del suelo. Pero esta desolación será pronto colmada de alegría de vivir —o su equivalente— para las oficinas. Dentro de muy poco, el Uruguay y sus playas se trasladarán a un espléndido local en la calle Florida y Lavalle, donde ONDA instalará una especie de centro turístico con ambiciones intercontinentales. Por ahora, los turistas siguen sometiendo a los cinco empleados de la Oficina de Corrientes, a un bombardeo de preguntas. Las más comunes: precio de hoteles; luego, medios de transporte y rutas; pero las averiguaciones se extienden a cómo conseguir la documentación que evite caras largas en la Aduana (esto, sobre todo, para los residentes extranjeros en la Argentina). Otros datos más minuciosos y que suponen recomendaciones, son cuidadosamente ladeados. "Aquí vendemos turismo, nada más", dice el Sr. Pérez Risso, Jefe de la Oficina. "Esto es un loquero", añade. "Más de mil personas por día". Tampoco se venden

planos ni guías. Las que hay, impresas por Turismo, se regalan. Hay listas de hoteles, de locomoción, de horarios, de barcos y de aviones.

Y las respuestas provocan a menudo caras contritas; no hay bodegas en los barcos para traer coches hasta marzo. "Conseguir bodega es como sacarse la lotería". Aunque la palabra acarree báquicas asociaciones de ideas, hay que imaginarse a los porteños a pie pensando en todo lo que harían si hubieran podido traer el auto. Están acostumbrados a los largos trayectos. Un viaje de 400 kms. para pasar unas horas en Mar del Plata, no les da pereza. Punta del Este les resulta, además de yodado, un paraíso accesible. Los que se quedan en Buenos Aires, deambulan por la ciudad como almas perdidas. Los fines de semana, Buenos Aires parece una tienda descomunal y vacía, un galpón desierto, un teatro cerrado. La gente quiere huir, pero ¿a dónde? Las soluciones marplatenses o puntadelesteras no son para todos. El Balneario Municipal es una horrible mezcla de fango y empanadas; bañarse en ese charco tibio con el agua lamiendo de mala gana los tobillos, arruina cualquier domingo bien intencionado. La proliferación de clubes deportivos dentro y fuera de Buenos Aires con lindas piscinas y amplias terrazas, reemplazan un costoso veraneo para un gran porcentaje de porteños. Lamentablemente tienen

cuotas. Algunos privilegiados cuentan con amigos privilegiados que poseen casas de campo con piscina propia —y esto es muy agradable evidentemente—. Lo malo es que los amigos tienen demasiadas amistades. Para los que se deciden venir al Uruguay, las vacaciones aumentan su atractivo con la sensación de viaje. "Llegar al puerto de Montevideo es de por sí, un placer". Y un pequeño negocio, no desdeñable. A las ventajas del cambio actual, se añade lo que ganan al trocar los 400 dólares que les facilita el gobierno argentino, por moneda uruguaya. "Unos dos mil pesos por transacción" —comenta Pérez Risso. No se vaya a creer, por ésto, que los porteños son demasiado interesados. "Yo voy al Uruguay porque la gente es muy gentil, no por el cambio" —declara el matrimonio Fappa, quienes se disponen a pasar quince días, "mejor si en Punta del Este". Como ellos dos son la mayoría de quienes se agolpan contra el mostrador pidiendo datos. Edad mediana, comerciantes, bancarios, pequeños industriales, empleados de tiendas. "Es nuestra mejor clientela, la clase media —dice Pérez Risso—. Van por todos lados repartiendo su dinero. No sucede lo mismo con los ricos que llegan, se instalan en una espléndida casa de Punta del Este y no se mueven de allí". De todos modos: bienvenidos los pasivos y los nómades. De ellos está hecho el reino del turismo. — E. B.